"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

AÑO II	SAN JOSÉ, COSTA RICA, JULIO DE 1909	NUM. 9

Del Quincenario Teosófico *Luz Astral:*

Dos palabras sobre Ciencia y Arte

(De una conferencia en Queen's Hall—Londres)

CONSTANTEMENTE notaréis en vuestra prensa cotidiana, en vuestros romances y en la literatura corriente, que tal idea, declarada teosófica y absurda hace veinticinco años, se ha vuelto cosa corriente, cuando no es el eje de la narración. ¡Qué digo! La mitad de los romances contemporáneos están basados en experiencias de orden oculto.

Encuentro este hecho muy alentador, pues si constatara que la Teosofía, bajo la forma que reviste en nuestra sociedad no salía del cuadro de ella, y que no era sino una secta más entre las innumerables sectas de este mundo, tendría poca confianza en su porvenir. Pero, como esas ideas no pertenecen exclusivamente á la Sociedad Teosófica; como ellas penetran las tendencias intelectuales por todas partes, tanto, que nadie puede decir: «ellas son mías y no suyas», constato verdaderamente, que el pequeño grupo llamado Sociedad Teosófica tiene por alma una gran energía impulsiva, una fuerza espiritual poderosa.

Examinemos un instante la cuestión colocándonos en este punto de vista y tratemos de determinar lo que es nuestra tarea en un movimiento que ha ganado el mundo entero.

Discierno, bajo los hechos que nos rodean, bajo las teorías de la existencia tales como se les profesa hoy, una influencia que conduce á la humanidad hacia el ideal y la aleja del ma-

terialismo. Ved sino la Ciencia. En la época en que yo estudiaba la química, aprendía que los átomos son partículas de materia indivisibles y que tienen propiedades invariables desde una época desconocida y que continuarán perteneciéndoles durante un tiempo indeterminado. Aun más: he leído estas palabras; «De toda eternidad el átomo de carbono ha sido átomo de carbono y lo será de toda eternidad». Hoy nadie se expresa así. Los unos dicen que el átomo está formado por una combinación de electricidad; los otros ven en él un cuerpo formado de innumerables partículas en vibración rápida, modificándose la velocidad vibratoria con las condiciones. Según las teorías científicas del día, nada más fluido que el átomo; el que muy pronto no será más que un torbellino en el éter, tal vez compuesto de electricidad, mereciendo sólo la electricidad el nombre de átomo. ¡Qué diferente es todo esto de la ciencia de otro tiempo! La ciencia no estudia más la materia, estudia la fuerza. La ciencia no sostiene que la existencia de la materia implica la existencia de la fuerza, pero sí que la existencia de la fuerza implica la existencia de la materia.

La teoría de la electricidad se ha transformado igualmente. Las palabras pronunciadas por Mme. Blavatsky en 1884 y puestas entonces en ridículo, como las palabras de una hacedora de falso bombo y de una ignorante, son repetidas hoy por nuestros primeros electricistas. La electricidad, dicen éstos, es atómica; talvez nó existen átomos fuera de ella. ¡El tiempo da la razón á los hijos de la sabiduría!

Ved la Psicología. ¡Qué maravillosa transformación! ¿Qué nos reserva, en un próximo porvenir, esta extraordinaria «conciencia profunda»? ¿Qué descubrimientos costea nuestra nueva Psicología, en las extrañas observaciones que recoge año tras año? Ciertos sabios materialistas hacen hoy toda una serie de experiencias, no haciendo con ellas otra cosa que repetir observaciones de Sir William Crookes, viejas de hace treinta años. Físicos materialistas afirman haber probado de una manera indudable la posibilidad del movimiento sin contacto y la existencia de una fuerza, la que se revela por el peso, pero cuya naturaleza se les escapa. ¿Cómo no constatar que treinta años han traído muchos cambios y que los sabios

pueden, sin riesgo alguno, afirmar ahora hechos que no ha mucho casi costaron á Crookes su reputación científica?

La ciencia gravita así hacia las fuerzas que escapan todavía á la medida y al contacto. Nadie se atrevería á decir que no serán medidas un día y que con el tiempo no se volverán tangibles. Solamente el sabio debe convencerse de que habrá llevado dentro de poco tiempo hasta los límites de lo posible el perfeccionamiento de los instrumentos de precisión, exteriores á si mismo, y que le es necesario desde ahora desarrollar el mecanismo más sutil, el que le abrirá otros mundos y le permitirá estudiarlos á su manera. La Teosofía tiene por tarea, no sólo el vulgarizar cada vez más el conocimiento de los mundos invisibles, pero aun el de presentar este conocimiento bajo una forma que permita al sabio ampararse de ella, si lo desea, y usarla como una hipótesis racional. No pido al psicólogo que acepte de golpe nuestra teoría de la conciencia y de sus velos materiales; pero puesto que esta teoría es lógica y explica problemas insolubles para él, ¿no podría emplear nuestras teorías como hipótesis sirviendo de punto de partida á sus experiencias y abreviar así talvez las investigaciones que persigue tan pacientemente?

De la Ciencia pasemos al Arte. ¿Qué dice de éste la Teosofía? Ella declara que el Arte no debe limitarse á representar lo que llaman la realidad objetiva, pero sí que debe representar lo invisible, lo ideal. Muchos artistas muy admirados reproducen simplemente en sus telas á la Naturaleza; sus obras son con frecuencia muy bellas, como reproducciones; pero me parece que el Arte puede y debe dirigir su mirada más arriba. El artista de genio, ¿no debería hacer real ante nuestros ojos lo que es invisible detrás del velo, mostrárnoslo y darlo á la luz para la instrucción de todos los hombres? Pero veo despuntar en el Arte esta nueva tendencia. Desde que el Arte religioso ha abandonado el lápiz y el pincel, no se ha manifestado jamás una investigación semejante del ideal, y espero el día en el que una fe poderosa en el mundo invisible dará nacimiento á un arte digno de este nombre. Solamente que, en lugar de madonas y de niños, serán algunos de los secretos del mundo invisible los que se ofrecerán á nuestra vista en la

tela de nuestros pintores ó que vivirán en la música de nuestros compositores. Para progresar, es necesario que el Arte persiga un ideal; que descubra cada vez más y no cada vez menos, bellezas en el mundo; que pruebe la presencia de una verdadera belleza, para quien sabe ver, aun en aquellos objetos que pasan por no tener belleza alguna. Necesitamos poetas que canten al mundo moderno como el mundo antiguo y que descubran bajo el velo del presente, con el miraje de otro tiempo, los cuentos de verdaderas hadas. Necesitamos pintores, músicos, poetas que, en todas sus obras, sepan distinguir el ideal bajo la forma objetiva.

Consideremos la literatura. Ella se inclinaba cada vez más hacia el materialismo. Sólo el materialismo, se decía, es natural. La gran escuela literaria francesa que personificaba Zola inscribía en su bandera la palabra «naturalismo». Jamás se empleó una palabra con menos propiedad. No es natural el ir á buscar en el barro, en el fango humano, y pintar con semejantes colores en el *canebas* literario. La Naturaleza procede de otro modo: ella se esfuerza sin cesar en transformar la impureza en pureza, la fealdad en belleza. Abandonada á ella misma, ¿qué hace? Cae á la tierra un cadáver y se pudre lentamente. ¿Es natural seguir paso á paso la marcha de esa descomposición y pintar con colores sombríos y horrorosos cada etapa de esa desagregación progresiva, como si la descomposición terminada, la Naturaleza no tuviese nada más qué enseñarnos? No. La Naturaleza toma ese cuerpo de putrefacción y lo cubre de su tierra y de sus hojas.

Cuando ha desaparecido lo somete á su maravillosa alquimia. De un objeto que mancha, de un cuerpo que se descompone, ella hace surgir una vida nueva, nuevos colores, una forma nueva, hasta que innumerables flores recubren el cementerio donde están enterrados los cuerpos podridos. ¿Es natural describir la manera como se acumula la basura, el respirar las emanaciones fétidas de los podridos detritus y remover esa masa hasta que se nos vuelque de asco el corazón? La Naturaleza cubre las basuras con sus lianas, las hace desaparecer; así las trasforma en un elemento de riqueza y de fertilidad para el suelo fecundo, pues hace suceder á esas fealdades y á

esa infección el fulgente esplendor y el perfume de las rosas. Así trabaja la Naturaleza. El verdadero artista, el artista verdaderamente *naturalista*, hace como la Naturaleza: esconde la fealdad y la trasforma en hermosura.

En presencia de la vida de los miserables, de los pobres, de los degradados, no se limita á pintar formas infelices, á reproducir escenas de suciedad, de miseria y de abyección; pero en un medio tal, sabrá mostrar, como flores encantadoras, la pureza, la caridad, la ternura humana, pues transforma hasta las covachas en un jardín del Señor y son la prueba de que la humanidad puede elevarse por encima de las viles condiciones sociales. Una literatura que no nos lleve á la desesperación, pero que nos eleve: he ahí lo que queremos. Es mil veces preferible pintar una utopía que excite al esfuerzo, que trazar el cuadro de una carnicería donde todo nos habla de muerte y de descomposición, pero nada de la vida nueva que engendra infaliblemente.

Quisiera, pues, que en todas partes la Teosofía proclamase el ideal en Arte y en Literatura, como proclama en Ciencia la existencia de los mundos sutiles é invisibles. Por ello participará del gran movimiento que lleva al mundo á una más alta y más vasta civilización.

. . . .

Annie Besant.

*
* *

Ligero bosquejo de la constitución del hombre

CUÁL ha sido, es y será el problema de los problemas para la Humanidad no evolucionada, en todas las edades? Si hojeamos las escrituras Judío-cristianas, hallamos que sus profetas inspirados lo enuncian en la pregunta. «Qué es el Hombre?...»; los filósofos antiguos señalan la meta del saber humano en el conocido y bien difícil precepto «Conócete á ti mismo», mientras que los orientales lo implican en el profundísimo axioma «lo de arriba es como lo de abajo», pues si tenemos al hombre abajo y lo estudiamos, por medio de este estudio llegaremos á conocer todo lo del mundo superior, el hombre visible y el invisible. Si examinamos las doctrinas de las diversas escuelas ó agrupaciones, ya religiosas, científicas ó filosóficas, vemos que difieren entre sí, fundamentalmente, según el concepto á que han llegado respecto de lo que es el hombre. Basta para esto comparar el materialismo con el espiritualismo.

Como estudiantes sinceros de la verdad, la cual tomamos doquiera que la encontramos, veamos si nos es posible, por medio de inferencias y estudios previos, formarnos un concepto definido de lo que es el Hombre.

Muchos no ven en el ser humano más que un conjunto de carne y huesos con un poco de sensibilidad y otro poco de inteligencia, y consideran á estas facultades mentales, ó cualidades, como resultantes de la materia. Por falta de espacio y tiempo no tomaremos en consideración las diversas opiniones de las diferentes escuelas; basta decir que cada una de ellas tiene cierto fondo de verdad desde su respectivo punto de vista.

Al hacer este ligero bosquejo, nos será preciso comenzar esta vez por lo que mejor conocemos del Hombre, su parte más grosera, ó sea su cuerpo físico. La ciencia física moderna enseña que no puede haber energías vitales ni corrientes eléctricas ó magnéticas en actividad, ó cualquiera otra clase de fuerzas que se relacionen con los varios fenómenos de la vida ó acción química, sin la presencia del éter. Enseña también que cada molécula física tiene una envoltura de éter que la compenetra en todas sus partes. Si consideramos al cuerpo físico como un órgano vivo compuesto de moléculas físicas, debemos admitir que dicho organismo posee un doble etéreo por medio del cual obran en él las fuerzas vitales ó principio vital, el cual atrae y mantiene unidas todas las moléculas del cuerpo físico.

Vemos, pues, que la envoltura física del hombre consiste esencialmente de dos partes: el cuerpo físico y el doble etéreo, vehículo del principio vital mismo, partes que posee en común con todos los séres organizados y aún con la materia llamada inorgánica.

El cuerpo físico recibe las impresiones del mundo externo y posee ciertas partes que están adaptadas para responder á dichas impresiones. Estas partes las llamamos órganos de los sentidos. Si analizamos cualquiera de estos órganos, encontramos que mientras responde por medio de vibraciones á cualquiera vibración externa de su clase particular, no es el sentido mismo, ni es él el que siente ó percibe, pues esta vibración tiene que ser trasmitida no solamente á los centros nerviosos interiores del cerebro, sino de estos, por medio del doble etéreo, al cuerpo de sensación, que es donde residen las facultades de oído, vista, olfato, tacto y gusto.

Como corroboración del hecho de que poseemos un cuerpo senciente independiente del cuerpo físico, y al cual pertenecen nuestros sentidos reales, citaremos un caso significativo.

Muchos de vosotros habréis presenciado una operación quirúrgica ó habréis pasado por una. El cirujano, por medio de la anestesia, y sin saberlo en la mayoría de los casos, separa temporalmente este cuerpo de sensación con la conciencia del individuo, del cuerpo físico, á fin de operar al paciente sin dolor alguno. Muchas veces el paciente refiere después, que po-

día oir durante la anestesia lo que pasaba en el salón, y hay otros que han podido ver cuanto se hacía á su cuerpo sin experimentar el más ligero malestar. Esto nos demuestra que los órganos de los sentidos no residen en el cuerpo físico, sino en este cuerpo de sensación llamado también cuerpo astral por ser de una materia luminosa; y que los llamados órganos de los sentidos en el cuerpo físico no son más que las ventanas por las cuales entran las vibraciones del mundo externo á la conciencia del hombre interno; este cuerpo astral es también el vehículo de la naturaleza emocional y pasional del hombre, por lo cual se le suele llamar á veces cuerpo pasional ó de deseos.

En este ligero análisis hemos llegado al punto de contacto entre el hombre y los animales, pues ambos poseen de igual manera un cuerpo físico con su doble etéreo, vehículo del principio vital, y un cuerpo de deseos, llamado también alma animal. La experiencia nos enseña que el hombre es un ser racional, viniéndole este calificativo de su capacidad ó poder de pensar. A esta facultad se le llama mente ó inteligencia. La señora Annie Besant define la inteligencia como el resultado de la actividad vital, obrando sobre una forma especial de materia y desarrollando eslabones conectivos entre si misma y el universo externo. Vemos, pues, que la inteligencia, bajo este punto de vista, es el resultado de la experiencia y es susceptible de crecimiento, debiendo evolucionar en todos los planos como todo lo que existe; si la inteligencia tiene que evolucionar, entonces debe, también, tener un organismo de alguna clase, pues no nos es posible concebir inteligencia alguna aparte de un organismo. De este organismo ó cuerpo, trataremos más adelante.

Analizando este principio mental vemos que se le puede dividir en dos partes bien definidas: el mental que calcula, razona, pondera, imagina, etc., y que encontramos en todos los hombres en el presente ciclo de evolución más ó menos desarrollado; á esta parte la llamaremos mental inferior, para diferenciarla de su opuesta, el mental que no calcula, ni razona, ni pondera, sino que sabe, que es intuición, que es conciencia. A este mental lo llamaremos mental superior, ó el Hombre

real, el yo individual. En nuestro presente estado de evolución la mayoría de los hombres no tiene conciencia de este principio y tan sólo reconoce el mental inferior, apelando á su razón para solucionar en todos los casos, problemas y dificultades. El mental inferior es lo que constituye el «yo personal», mientras que el superior, es, como se dijo antes, el «Yo individual».

Como queda ya indicado, este principio mental debe necesariamente poseer un organismo ó cuerpo, así como nuestro principio senciente, emocional y pasional, lo tiene en lo que llamamos cuerpo astral. Al vehículo del principio mental lo llamaremos cuerpo causal, porque en él están reunidas todas las experiencias que dicho principio mental superior se asimila en su evolución, siendo dichas experiencias su material de crecimiento y desarrollo, y también semillas ó causas de experiencias futuras y de consiguiente desarrollo. En este cuerpo causal tiene morada todo lo que es permanente é inmortal. Nada de lo que es efímero é ilusorio entra en su composición. De paso haremos notar que en la inmortalidad de este cuerpo causal, están basadas algunas de las ideas relativas á la resurrección.

Para completar este ligero bosquejo pasaremos á estudiar enseguida la naturaleza espiritual del Hombre, su parte más noble, más grande, y de mayor transcendencia. Tal vez algunos preguntarán de donde le viene al hombre semejante naturaleza. Sin repetir aquí lo que tantas veces se ha dicho, y que también lo expresa el antiguo axioma «como lo de arriba es también lo de abajo», y también que «la parte es de igual naturaleza que el Todo», preguntemos nosotros á nuestra vez. ¿De dónde le viene al Hombre esa resignación sublime en las horas de prueba, esa fe inquebrantable «capaz de remover montañas», como alguien lo expresó, ese amor ideal que se extiende á todo lo que existe y se traduce por compasión infinita, ese anhelo indefinible por un más allá sublime, bello, infinito y eterno? ¿Será acaso producto de las moléculas físicas al atraerse y repelerse? Será resultante de nuestros deseos y pasiones egoístas? ¿Será engendro de nuestros cálculos é imaginaciones? No, mil veces no. Es que hay algo en nuestro ser que nos diferencia de todo cuanto nos rodea al mismo tiem-

po que nos unifica con todo y con todos. Es esa chispa divina que nos atrae hacia el Centro, Lo infinito, Origen y Fin de todo lo que es, ha sido, y será. Nuestra Humanidad en su presente grado de desarrollo no puede tener la más ligera idea de lo que es este principio espiritual, susceptible también de dos divisiones, y el cual está latente en cada individuo en la presente etapa. En los futuros períodos de evolución este principio espiritual alcanzará su perfecto desarrollo, llegando nuestra Humanidad entonces al estado que en lenguaje místico se llama «Hijo del Dios», «ó Cristo glorificado».

María L. de Gerling

*
* *

DISCURSO

pronunciado por el hermano P.. Diaz Falp,

en la Logia "Caridad" de Montevideo

Hermanos míos:

El aniversario que celebramos, la fiesta solsticial, es la gran fiesta del *Fuego*, cuyo origen se pierde en la noche del pasado.

Puede decirse que la adoración al Sol, forma parte de todos los cultos: y aquellas religiones que la conservan en toda su pureza, son altamente filosóficas y espirituales.

A través de milenios, la tradición guarda el degenerado recuerdo de las grandes fiestas solares de otros tiempos, y por eso muchos pueblos aun encienden hogueras en la noche de San Juan, época del solsticio de Verano en el hemisferio Norte.

El Sol es el símbolo viviente de la Energía cósmica, la cual podemos conocer tangiblemente, por las formas variadas con que se nos presenta el principio maravilloso que llamamos *Fuego*.

Sabemos con cuanto cuidado los adoradores del Sol conservaban el fuego sagrado, emblema del espíritu universal, é imagen visible del misterioso *Fuego* que anima á todo lo que existe.

El vulgo idolatraba al astro deslumbrador, como causa productora de todos los bienes humanos; pero los sabios iniciados, veían en él, la síntesis y el símbolo de la gran trimurti que expresa nuestro triángulo y la manifestación del gran principio de Fuerza cósmica, que es el primer origen de toda

vida, que en todo palpita, que todo lo llena, que anima desde el átomo, desde el más ínfimo y rudimentario ser, hasta los gigantescos soles del espacio y sin el cual el Universo no existiría, sino sólo el Caos. En una palabra, reverenciaban al gran Sol Espiritual, el Núcleo Dinámico de la Naturaleza, tan magno y sublime, que escapa á la concepción de la exaltada mente humana.

La Naturaleza, el *Todo* viviente ofrece dos grandes aspectos conocidos. Uno, el principio pasivo, es la substancia universal, el substratum ó medio indispensable, sin el cual no hay manifestación posible; y el otro, el principio activo, es la energía cósmica, la Vibración ó *Fuego* que actúa en la substancia y la amolda en infinitas formas, constituyendo el motor oculto que anima á todo. Existe, por último, un tercer principio desconocido, la Mente suprema, la Causa primaria que idea, calcula y ordena.

La síntesis de la Naturaleza, es, por tanto, la sublime trinidad de Substancia, Fuerza y Mente: tres en su manifestación, pero realmente uno en esencia.

En la fiesta del *Fuego*, justo es que me ocupe de este elemento misterioso y á El dedico mi breve peroración sintética.

El *Fuego*, Energía ó Vibración, presenta igualmente una bien definida trinidad: puesto que siendo en realidad un solo principio, unas veces actúa como *Calor*, otras como *Electricidad* y otras como *Luz*.

Es el mismo principio *Fuego* el que ora crea, ora sostiene la vida, ora mata; ya construye, ya es cohesión interna de lo construido, ya lo desintegra; tan pronto hace estallar la simiente y surgir el tallo, como anima la vida de la planta mientras dura, como la marchita y consume finalmente.

Es el mismo *Fuego* quien quema, transforma ó hace evolucionar la materia; es el *Fuego* del rayo en la tempestad, en la chispa eléctrica ó en la acción química; el *Fuego* que arde en la mente del hombre como vida, como pasión y también impulso ciego, que después, evolucionando, llega á ser fuerza ordenadora, voluntad educada; y en elevada esfera, *Fuego* espiritual, la Voluntad de la Naturaleza, obedeciendo dócil á la Ideación Suprema.

Es este mismo *Fuego* quien se manifiesta como *Calor;* quien hace brotar el gérmen, vitaliza á los seres y conserva la vida con la fecundación; es también el alma del átomo; la fuerza centrífuga y en sentido inverso, la Cohesión que mantiene todo unido: es el Magnetismo, la Afinidad, la Gravitación universal; y en sus formas más elevadas, es el generoso sentimiento, la noción del deber, el Altruismo, el amor de madre; y más arriba aun, es el alma del Universo, el infinito amor de la Madre Naturaleza, hacia sus innumerables hijos.

Es el mismo Fuego en su aspecto *Luz*, la luz que alienta la vida, pues disipa las tinieblas, que son la muerte; es la chispa de luz divina que brilla en la mente del hombre para guiarlo en su camino evolutivo; es, ascendiendo, el principio ordenador en la Naturaleza, es la Consciencia universal, es la suprema luz de la Verdad, que en sí todo lo contiene, todo lo puede y llena el Universo entero, como única y eterna realidad.

Es siempre en sí, la misma Energía que *calienta, quema y alumbra*.

Como *Luz*, es el principio inteligente y constructor en la Naturaleza; como *Calor*, es la fuente de producción de la vida; y como *Fuego*, tal como el concepto vulgar lo conoce, es el agente destructor de las formas, que, sin embargo, no alcanza á la esencia que las ha desarrollado.

¡Oh múltiple y maravilloso Poder, sublime Misterio, Sol de verdad que resplandeces en el Infinito; foco de Amor, Sabiduría y Poder, al que conocemos como la Causa que edifica, sostiene y reconstruye el Universo!

¡Alimenta en nuestro ser un *Fuego* capaz de devorar nuestra impureza é imperfecciones! ¡Sostén en nuestro corazón el *Calor* sacrosanto y generoso del Amor á todos los seres! ¡Haz brillar en nuestra mente la *Luz* del conocimiento emanada de la sublime Verdad, para que seamos laboriosos artífices en la cubicación de la *piedra bruta:* conscientes colaboradores en la magna obra de la evolución hacia lo Perfecto, hacia donde con paciencia, con amor infinito, conduce todo, al Uno que es Todo, al Todo que es Uno, Aquello que en nuestras sagradas tradiciones se llama el gran Arquitecto del Universo!

Amor, Voluntad y Karma

IGNORANTE y todo, me permito disentir, *en apariencia*, de nuestra Maestra H. P. B., cuyas instrucciones sobre Ocultismo Práctico me han aterrado—y perdónese el símil—como aterrar pueden al quinto recién llegado de su aldea los severos preceptos de la Ordenanza donde todo se pena con la vida.

Silencio, soledad; evitación de todo contacto emotivo por puro que se crea; comida frugal, vegetariana, con el propio cubierto y en el propio plato al que ajena mano jamás tocó; identificación total en espíritu y alma con los otros seis candidatos á la iniciación primera; contemplación de los cinco colores teúrgicos; corazón sin olas, fantasía y razón amordazadas sin mordaza y, en una palabra, la más absoluta asepsia de todo lo terreno en sus planos físico, etéreo, astral y mental, es el prólogo obligado de la humana alquimia, por la que el neófito pierde ya su vieja condición semi-animal, transformándose en sagrado vaso de la Esencia Divina...

¿Quién es el occidental que con tales premisas se atreve á pisar siquiera en el pórtico del ocultismo? Un tal aislamiento ni á los monjes de la Tebaida les fué quizás asequible. Según están las cosas en Europa casi habría que renunciar al ocultismo, á pesar de que sin él caminamos á una ruina segura, inundados por el cieno del materialismo científico, que ha acabado con la escasa espiritualidad que las religiones conservaran.

Pero yo, pese á tan tremebunda ordenanza, debo y quiero ser ocultista.

Aterradora me pareció de niño la escuela de la que triunfante luego salí: aterrador el texto de facultad, vencido en breve examen inconsciente y emotivo; aterradora la iniciación en los misterios del amor; aterradoras las gravísimas enfermedades padecidas, algunas como la meningitis que me permitiese comprobar de *vissu* eso que llaman auras de colores de las personas y en especial el purísimo ultravioleta del ambiente, que sólo á los convalescientes, los estáticos, los soñadores y los artistas les es dable apenas columbrar; aterrador, verdaderamente tremebundo, en fin, es siempre todo lo desconocido; sensación astral contra la que debe el hombre prevenirse.

Existe sin embargo, á mi juicio, un medio de ser héroe sin heroísmo alguno: el de ser niño, eternamente niño y no ver, por tanto, en el peligro.

El niño, ese recién venido de las playas celestes como intuyese Víctor Hugo, antes de caer en la generación, penetra en el mundo astral desde arriba, desde planos de vibraciones superiores para los que lo astral tiene la misma bajeza y materialidad que para nosotros lo físico. Vencer al astral desde arriba es fácil, naturalísimo, por leyes de inercia cósmica: vencerle desde abajo, contra corriente, es casi imposible, so pena de un titanismo volitivo cual el que en efecto, exigen aquellas prácticas de ocultismo... Seamos siempre niños y llegará un día en que, duchos en ciencia verdad—la ciencia del color, de la música, (1) de la geometría y del número; la ciencia no escrita, del sentimiento; la doctrina del corazón, no la del ojo—, nos sentimos ocultistas, porque la tremenda iniciación se había operado para nosotros en pasmosa inconsciencia, quizás en una crisis de dolor, en un fugaz instante de celeste y estática ternura, en una dura pesadilla, en una grave enfermedad ó bajo el aura benéfica, manto de una obra altísima, ora en el hecho, ora en el mero motivo que la determine.

Admirable es la pubertad física y, sin embargo, nos suele sorprender en ensueño dulcísimo. No será de extrañar, pues, que esas otras superiores pubertades, psíquica y espiritual, nos

(1) La quinta sinfonía de Beethoven, llamada, por cierto, *El Destino*, me explica mejor el Karma que la propia y admirable obra de Annie Besant con este título.

sorprendan lo mismo, allí donde menos debe de obrar por saltos la naturaleza.

Karma es acción é inercia; ley, historia y destino. A Karma no se le explica con palabras. Nadie que no sea al par matemático, músico, pintor y poeta puede concebirle. Karma es vibración afinada con el cósmico ideal, ó desafinada, por exceso ó por defecto. Karma es ley lógica que sólo al Logos encarnado encadena, pero Karma jamás ligó al Sat, al Impronunciable, á la Seidad, ni á la Esencia Suprema del Espíritu Humano que es de la Seidad—No ser, Inefable Llama ó Chispa.

Al ser le es necesario el obrar, y obrar es al par limitación; vibración de un grado ó de otro. Karma se engendra, pues, con la existencia. Hijo del pasado y padre del porvenir, es connatural á las nociones de Tiempo, de Vibración, de Evolución y cualesquiera otras, ligadas con el supremo concepto material de la Existencia. Pero para el Espíritu, la Unicidad Absoluta para El, en una palabra, jamás ha existido; hasta para informar El á lo Existente, precisa pasar de la Mónada No-Kármica á la Kármica Dúada Demiúrgica, que siempre el Karma ha simbolizado desafinación, inadaptación momentánea ó transitoria del Supremo Ideal-Sin Idea, Matriz de donde surgen los sucesivos universos, y la grosera, falsa é inerte realidad de la existencia transitoria que denominamos Cosmos en su conjunto.

En el hombre hay un septenario, ó un cuaternario si se quiere, ó más propiamente, hablando de Karma, una Duada-Microcósmica; pero allá en su interno Santuario luce una Luz, un supremo y sintético Color, un Punto y Círculo infinitos, una Nota única y sintética de las cósmicas Sinfonías pretéritas y futuras; un Cero-Todo de la Numeración sin ideas ni números; y esa realidad Unica, informando á distancia, un mundo ilusorio por transitorio, sin mezclarse jamás con él, no puede, no, conocer el Karma, porque es la propia Ley, eternamente afinada, tonalizada, adaptada, regulada, identificada consigo misma.

Y aquí el punto esencial de nuestra investigación. Si después de bien envueltos en el cieno humano, con todo pecado y todo vicio por historia, la Voz del Silencio, esa que el niño

oyó antes de caer en la astralidad y aun en la Mente-Materia, se logra oir una vez y otras mil en su Insonoro-Sonido, el Amor, triple esencia de Ciencia, Sentimiento y Voliciones trascendidas, puede redimirnos con su virtualidad superior á todos los planos de la limitación y de la existencia, en los que Karma se generó como Dúada. No es esto decir que la Ley Condicionada y Condicionadora no se cumplirá: es que se cumplirá con vertiginosa rapidez y sin que lo advirtamos, porque nuestra conciencia se hallará entonces en los supremos deliquios de la mística, no ocupada en pequeñeces como la Marta del Evangelio, sino tomando la mejor parte, la parte que es igual al Todo en contra del clásico axioma, y como María. El gran fenómeno alquímico se operará entonces con la natural normalidad inconsciente de todas las funciones de la naturaleza, no con la dolorosa iniciación consciente propia de todas las patologías.

De la Seidad Suprema sólo sabemos con Platón y Blavatsky que es Bien, que es Amor Absoluto, y que es Voluntad, no Karma, con el filósofo de Parerga. La Esencia Divina é inexistente de las Mónadas del Cosmos inexistente en el sentido de ser inexistente siempre lo Inefable, á más de no sujetarse á Karma, tiene un canal, un hilo de enlace misterioso con la misma Mónada caída en la generación, ó Dúada: el místico lazo del Amor, desde la *ciega* atracción gravífica ó química y la *inconsciencia* de la planta, hasta lo que en el animal y en el hombre se conoce por instinto sexual, sabia envoltura ó pérula de la mística flor de los amores trascendidos, despertadora, como yo me sé bien, hasta de los espíritus elementarios de soles y de planetas, quienes para evolucionar esperan á que el hombre evolucione en Humanidad por las doctrinas ocultistas.

Amemos siempre, pues, con la mayor idealidad posible. Karma entre tanto realizará su obra, silencioso y sin teratologías que son un tremendo peligro para los de la doctrina del ojo; los mentalistas.

M. Roso de Luna

En vista de su importancia, tomamos el siguiente artículo de la Revista mensual *Natura* de Montevideo, dedicada á la propaganda del Sistema Natural de Vida,—Higiene,—Temperancia,—Vegetarismo. Saludamos á su Director don Fernando Carbonell.

Vida, Fuerza y Materia

YA en 1872, De Candelle, proponía que abolida por incorrecta la expresión FUERZA VITAL, se la substituyera—según él, ventajosamente—por esta otra:

MOVIMIENTO VITAL

Desde aquella fecha y aún desde antes, los «hombres eminentes» hicieron cuanto estuvo en su mano para borrar las postreras huellas del vitalismo que consideraban como el último baluarte de un vasto castillo de mistificaciones y embrollos metafísicos, que de embrollo y mistificación han increpado siempre los presuntuosos á lo que para ellos resulta incomprensible. Tenían la esperanza de que á fuerza de desmenuzar cadáveres y animales vivos, darían al fin con el *resorte de la vida*, para poder un día mostrárselo á los vitalistas, exclamando: «ahí tenéis, imbéciles: este órgano es el generador del movimiento, y el movimiento es lo que vosotros en vuestra ignorancia habéis tomado por fuerza vital». A esto contestarían los vitalistas: «todo movimiento es efecto de una fuerza, y el *movimiento vital* supone *la fuerza vital*, como todo efecto supone, revela, manifiesta ó sintetiza la causa que lo ha producido».

La ciencia—recluta inexperto—no ha dado la media vuelta con la necesaria prontitud, pero al fin ha tenido que darla, ante la voz tonante de ese rudo cabo instructor llamado NECESIDAD quien empuña el machete formidable de la *evidencia*.

Y para que se vea con claridad, lo completo de la media vuelta, examinemos el siguiente paralelo:

Algún tiempo atrás la ciencia decía:

La materia es lo único real. No existe otra esencia más que la materia misma. Todos los fenómenos posibles son *modos de movimiento* producidos por *propiedades inherentes* á la materia. La fuerza es efecto del movimiento de la materia. La materia está compuesta de elementos *materiales* hasta lo infinito.

Ahora la ciencia empieza á decir:

La fuerza es lo único real. No existe otra esencia más que la fuerza misma. Todas las cosas posibles son *estados particulares* de la *fuerza*, algo así como diversas formas de condensación. El movimiento resulta de la desmaterialización de la materia bajo la acción disolvente de la fuerza; ó bien, el desprendimiento de una parte de la fuerza condensada en forma de materia, origina las energías sensibles que preceden y ocasionan todo movimiento.

El *Naturalismo* de ahora y de siempre dice:

Ni la fuerza ni la materia son la «Esencia Universal» sino su diferenciación sexuada, desintegrada y complementaria. La fuerza y la materia son á la Esencia Universal, lo que dos colores complementarios, á la luz; lo que la corriente + y la corriente — á la electricidad; lo que el sexo masculino y el femenino á la especie. Y esa Esencia Universal, es precisamente La Vida, ó la «voluntad de vivir» en el lenguaje de Schopenhauer, la Cosa en sí del mundo, en el estilo Kantiano; las Oleadas de Jivatma en el misticismo indo, el Pleroma gnóstico; el Ain Soph, hebreo; términos todos estos, que aunque no perfectamente sinónimos, por expresar distintos puntos de vista en la consideración del «Todo en Todo» (LA NATURALEZA), prueban, por lo que tienen de equivalente, la universalidad y la venerable prosapia de nuestro sistema.

Limitar la Naturaleza á la representación, no pasa de una simple arbitrariedad.

Naturaleza es todo lo que es. El ser de las cosas es la forma particular de su vida. Naturaleza y Vitalidad son términos convertibles é igualmente lo son Naturalismo y Vitalismo, prescindiendo de las excepciones más ó menos estiradizas en que los sectarios hayan convenido.

Algunas páginas más adelante, comentando un artículo del doctor Le Bon, damos varios datos más sobre estos puntos.

La ciencia oficial después de su media vuelta, mira ahora hacia el Naturismo, como mirará mañana hacia cualquiera otra parte en sus inconscientes rotaciones de derviche. Y á fuerza de vueltas se marea y nos marea.

Sólo el Naturismo, inmóvil, firme, símbolo de la estabilidad suprema de lo verdadero, permanece ahí, desafiando el desgaste de los tiempos, hoy, como cuando lo enseñaba Pitágoras, y entonces, como cuando lo enseñaba Manú».

El comentario á un artículo del Doctor Le Bon, antes citado, es como sigue:

¡SENSACIONAL!

«Este es el calificativo que cuadra al artículo publicado por el ilustre Doctor Gustavo Le Bon, que el diario *El Día*—dejando momentáneamente la *alta cirugía* á la que es tan aficionado—insertó no hace muchos días en sus inconmensurables columnas. La desmaterialización de la materia y su posible conversión en energía, obligando á modificar fundamentales postulados de la física y la mecánica actuales: tal es la sensacional novedad del Doctor Le Bon.

En el número IV de esta misma publicación—hace dos años justos—recordamos haber dado á luz un suelto titulado «Las novedades de la Ciencia» en que se sostienen por manera más sintética y más precisa, las últimas conclusiones de la Ciencia. Pero aquello pasó desapercibido, como hecho en casa y por lo tanto sin el valor que presta á cualquiera cosa la refulgente etiqueta del artículo importado.

Repetiremos en este lugar que «energía» y «sustancia» son los dos aspectos sexuados y complementarios del «Ether neutro» ó «Espacio» el cual es la «Deidad Andrógina» de las

primitivas teogonias, y que esto á los iniciados en la Ciencia Antigua se nos está ya olvidando de puro sabido, aún cuando recién lo vislumbren ahora los sabihondos de la Ciencia Moderna.

El Naturismo (1) ó Ciencia de la Naturaleza es la prosecución de los Misterios Isíacos, cuyo origen se remonta á las primeras dinastías faraónicas, y con otro nombre hallamos el mismo cuerpo de doctrina en el culto de Harí en la India antigua. Pues bien, todos los que conocen el Naturismo íntegro, esto es, *sin excluir sus aspectos históricos y filosóficos*, saben perfectamente á qué atenerse sobre la verdadera naturaleza ó índole de la materia y de la fuerza, como que es el misterio de todas las trinidades, desde la egipcia hasta la cristiana.

Isis y Osiris, aspectos sexuados del inmanifestado Kneph, son la Sustancia y la Energía, inseparables en su raíz común, el inmanifestado Espacio.

Horo, la Deidad Manifestada, es la recomposición ó reintegración del Ether Neutro (Espacio), descompuesto en Isis-Osiris.

Nada ha añadido á esto, el señor Le Bon.

El hecho de que la mala fe ó la ignorancia modernas, apostrofen de «ídolos» los emblemas de la antigua Sabiduría, no engañará á todos. Muchos sabemos que el estudio del Naturismo integral *con inclusión de su filosofía y de su historia*, nos pone en el caso de podernos pasar perfectamente sin los métodos de investigación de la Ciencia Moderna y sin sus (casuales) descubrimientos y aplicaciones».

---

(1) Decimos «Naturismo» para que no se confunda con los que cuentan las patas de los mosquitos y creen que haciendo listas interminables de todos los bichitos del mundo podrán conseguir el conocimiento de la naturaleza.

* * *

El alma del simbolismo

Las tradiciones, la fábula, los mitos y leyendas transmitidos de unos á otros pueblos, así como sus símbolos sagrados, ofrecen un extenso campo de exploración, un verdadero tesoro de conocimientos á los hombres amantes del adelanto. Como natural consecuencia de los puntos de vista del mal llamado positivismo, ha venido por largo tiempo considerándose este tesoro, desprovisto de todo valor efectivo, y, por lo tanto, indigno de estudio. Es cierto que lo más importante que se halla en la materia está constituido con tan maravilloso arte, con ingenio tan sutil y acabado, que responde con igual perfección á interpretaciones relacionadas con órdenes de conocimientos correspondientes á diversas categorías, á planos y leyes más ó menos elevados de la Naturaleza, y es verdad también que no siempre tenemos á mano la clave que nos facilite el poder comprenderlos.

Entre ese caudal de mitos, símbolos y leyendas, que han venido dando materia para los grandes poemas, las producciones más afamadas del Arte, y base ostensible, generalmente exotérica, á las ideas religiosas, se encuentra mezclado un fárrago inmenso de despropósitos, producto de la presuntuosa fantasía, estéril follage que oculta y obscurece el verdadero fruto del elevado saber. Dejando á un lado tan molesta hojarasca, me propongo rebuscar de entre ella aquello que á mi juicio merezca llamar la atención, y señalar su valor, dejando á exploradores más expertos el dar mayor latitud á lo que considero utilísimo trabajo en relación con los fines que persigue la Sociedad Teosófica.

Para proceder en esta labor con cierto método, empezaré por llamar la atención sobre uno de los mitos ó representaciones que simbolizan los caracteres fundamentales, ó modos de ser del Universo; pero haciendo la salvedad de que soy refractario á seguir los senderos de estrecha y obligada metodología, tan en boga, en los cuales paréceme que se ahogara y deprimiera toda iniciativa, toda inspiración y arte. Y es que, la Naturaleza con su variedad de aspectos siempre armonizados, nos demuestra, nos enseña, que el alma de las cosas no pulsa una sola cuerda de su lira, y luego otra y otra, cuando pretende producir sus armoniosos acordes, sino que concierta á un tiempo varios sonidos subordinándolos á la pauta del conocimiento.

Comenzaré pues, estos estudios mitológicos por la compendiosa explicación del simbólico Atlas, á la que seguirán otras por el estilo, de acuerdo y en consonancia con el impulso que, cuando llegue el caso, responda mejor al estado de mi ánimo.

Es sabido que los egipcios se ocuparon con particular deferencia de la ciencia astronómica, y con no menos interés y provecho de la astrología, su contraparte superior—pese al escepticismo de los que juzgan de las cosas á priori y sin conocimiento de causa,—y entre otras de sus síntesis más ó menos sugestivas simbolizaron al Universo por medio de la representación de una figura humana, la cual sostenía sobre sus espaldas una esfera, y le llamaron Atlas: término que expresaba «*pena, trabajo, sostén*». Introdujo *Valerius Flacus* la modificación de colocar el susodicho emblema de pie en medio de las aguas y sosteniendo una esfera armilar, alrededor de la cual se movían todos los planetas. De esta representación se derivaron, Atlántico, el hijo de Mercurio y de Venus Hermafrodita—ó sea, de la Sabiduría Hermética y su Belleza—y las Atlántides Pleione, Maia ó Maya, Electra, Taigetes, Asterope, Alcione, Celene y otras, todas ellas personificaciones de aspectos diversos de las cualidades ó energías de la Naturaleza.

Concretándome á Atlas, se me ocurre preguntarme si no huelga cualquiera explicación que sea referente á símbolo tan

expresivo, tan sencillo y claro, el cual resulta por sí como dotado de palabra, y convengo en que para muchos estarán de más mis reflexiones; pero, como quiera que otros no han de encontrarse en el mismo caso, para ellos diré:

La sabia antigüedad se propuso expresar en una forma que impresionara los sentidos, la idea de que, *el Universo era un producto de la Mente Superior*, el templo sostenido por un Dios, el Logos, y se sirvió del hombre, su imagen, para dar expresión á esta idea capital de su ética. Conociendo que las aguas contienen el germen de lo visible, que las satura la vida, colocó en ellas la colosal figura de Atlas, la inteligente energía, emanación de lo Inefable, que sostiene los mundos y los mueve y gobierna.

Determinados sucesores de aquellos hombres extraordinarios que fueron iniciados en los antiguos misterios, han caído en la corriente del materialismo reinante, y se hallan incapacitados de comprender, al interpretar en un sentido fálico las simbólicas enseñanzas que heredaron, cuando no las interpretan con inconcebible frivolidad, que Atlas—cuyo solo nombre es toda una revelación—representa la idea del Grande Arquitecto del Universo, ante el cual, ó en nombre del cual, se reunían *las asambleas del logos* para ofrecerle las primicias de los frutos, de la leche y la miel, en testimonio de gratitud y reconocimiento.

Cuando la mente humana se hace susceptible á determinado grado de vibración, encuentra sin trabajo, en esta clase de representaciones, sintetizados una importante serie de elevados conocimientos que no hay palabra que los exprese, los cuales necesitarían extensos estudios y largas meditaciones para que por los medios analíticos en uso fuesen debidamente abarcados.

Nadie ignora que las formas hieren é inpresionan los sentidos con mayor energía que la palabra, circunstancia que se aprovechó en beneficio de las mayorías, cuya percepción menos delicada las imposibilita para el dominio de las sublimes abstracciones mentales. Para ellas, un poderoso y enorme gigante era el hacedor del mundo, el sostén de los cielos, y este no podía ser el inconcebible autómata, hijo del acaso, sino

una inteligencia servida por órganos; una incontrastable voluntad en acción, idea primordial que quisieron hacer ostensible los sabios autores del símbolo, procurando por medio de ella salvar á los pueblos de la caída en el falso concepto de una creación sin causa ni propósito, absurdo que detiene al hombre en su proceso evolutivo y es origen de las divisiones, falta de caridad y amor, que traen á las sociedades sumidas en la desesperación y la ruina.

Es cierto que, así como la obscuridad se opone á la luz, así también la refulgencia que se desprende de la simbología sagrada, de la científica de antiguas edades, ofreció el peligro de que el vulgo la divinizara materializando su valor representativo; pero esta dificultad, con ser tan grande, prometía todavía la ventaja de servir de puente á un ideal que, más ó menos tarde, podría ser comprendido por cada una de las criaturas. El hombre no desenvuelto, pervierte las ideas más elevadas cuando las considera bajo el prisma engañoso de su limitada percepción: véase un ejemplo:

La triple corona, la tiara—*triara*—diadema de los antiguos soberanos de Persia, que usan los papas actualmente, distintivo del poder absoluto, es, si se considera como signo ostentoso del predominio material, de las riquezas mundanas, *sentido que generalmente se le atribuye*, indigno ornamento de aquel que se considera representante en el mundo, del Salvador humilde, que no tuvo una piedra de su propiedad en qué reclinar la cabeza. Pero, si se repara en el signo que lleva encima, si vemos que la tiara por su forma oval simboliza la bóveda celeste y como cilindro perpendicular elevándose del receptáculo de la inteligencia, su principio activo en acción; si volvemos á los tiempos en que coronaba la cabeza de un alto Iniciado, guía amoroso de los pueblos, soberano, por su saber y virtudes, del mundo físico, del suprafísico y del espiritual, concepto que expresan las tres coronas que en sí contiene, entonces caemos en cuenta de que este ostentoso símbolo material fué construído con el fin de impresionar á las gentes, llevándoles al pensamiento las sugestivas ideas que tan claramente expresa, que de él se desprenden. Las mentes infantiles necesitan de la caridad de estas llamadas, más, muchas veces,

que el mendigo, de la limosna que ansiosamente implora.

El Iniciado digno de la tiara, aceptaría como un verdadero sacrificio la necesidad de usar en alguna solemne recepción aquel distintivo de su triple soberanía, porque es sabido: á menos de tener que llenar una misión ineludible, la de promover el humano adelanto, los Guías, los Instructores, los Hermanos mayores del hombre, han estado siempre dispuestos á pasar desapercibidos, y se hallan libres de las sugestiones inferiores de la ostentación y la vanidad.

(*Se continuará*)

TOMÁS POVEDANO

* * *

Asuntos Diversos

Hemos tenido la satisfacción de saber por la instructiva revista «Sophia», á la que tanto debemos todos cuantos hablamos el español en la S. T., que el día 7 de Abril último fué celebrado un mitin Teosófico en la ciudad de Sabadell, organizado por las Logias «Barcelonesa» y «Arjuna». Tomaron la palabra en dicho acto los señores Planas, Maynadé, Treviño y Climent Terrer, el cual resumió los discursos pronunciados, que versaron sobre los temas siguientes: «Renuncia de las obras», «Fraternidad», «Puntos de relación entre la Teosofía y el Espiritismo».

El señor don Federico Climent Terrer demostró en su elocuente resumen «que la Teosofía no combate ningún credo, sino que los explica, y que desde cualquier religión ó dogma pueden ser sus creyentes verdaderos teósofos si se consagran con amor y fe á trabajar en pro de la redención humana, sin distinción de clase ó color, reconociendo á todos los hombres como hermanos, aun los más depravados, como á hijos de un solo y único padre, como hijos de Dios, y que la sola diferencia que existe entre un santo y un hombre vulgar, consiste únicamente en el grado de desarrollo alcanzado».

Felicitamos á los valientes organizadores y á los que actuaron con tanto éxito en acto tan simpático y significativo.

***

Por la «Revista Teosófica», órgano de la Sección Cubana, hemos tenido noticia del fallecimiento del Dr. Th. Pascal, Secretario General de la Sección Francesa, pérdida lamentable para la Sociedad Teosófica, que acaeció el 18 de Abril último.

***

Según lo dispuesto por la Convención de Adyar, el nombre de «Rama» será cambiado por el de «Logia de la S. T».

***

De la Revista mensual *Natura:*

A LORENZO D'AYOT

SOBRE EL POEMA EN PROSA «MORIRSE JOVEN»

No! no puede ser un ideal morirse cuando no se ha hecho más que consumir para desarrollarse y aún no se ha empezado á producir para todos. Si el «morirse joven», fuese algo que de la voluntad dependiera, debería considerarse á quien lo hiciera como un repugnante defraudador. Mejor morirse lo más viejo posible, y que cuando el torvo Saturno detenga nuestro corazón, éste no sufra en su último latido la convulsión espasmódica del arrepentimiento, por el mal realizado y por el irrealizado bien.

Que la guadaña de la muerte no corte con nuestra vida nuestro destino, cayendo antes que los granos de arena del reloj simbólico; que caiga á su hora, después de cumplida la misión del hombre para el mundo; que caiga al fin de la vida y no la interrumpa. El hombre que no ha vivido más que para sí, no tiene derecho á morirse, y si muere, la muerte no puede ser para él un reposo. Porque el reposo sigue á la labor, como el descanso al cansancio. El que no ha vivido toda la vida, tampoco puede morirse de veras.

Ensaye ahora D'Ayot á expresar con sus primores de esteta, con sus galanuras de estilo, la muerte del viejo que ha cumplido dignamente su misión, y al fin alcanza el merecido sosiego; la muerte del que ha llenado la razón de su ser, de su vida, viviendo con la máxima intensidad, por saber ó por sentir que la vida individual se intensifica tanto más cuanto más se vive para los otros, así como un conductor eléctrico da paso á tanta mayor corriente cuantas más sean las lámparas que igniye.

***

RESPETO AL BOSQUE.—LA OBRA DE LOS SIGLOS

Leñador, que con el hacha al hombro te aproximas al árbol vetusto que intentas derribar: ¡Detente! ¡Reflexiona!... ¿No podrías reunir las ramas bajas en todo el bosque, y obtener tu leña sin matar el árbol?

—¡Es más corta labor!... ¡Le plantan otros!

—¡Detente! ¡Reflexiona! Las industrias exigen á las selvas excesivo tributo. Le piden á la madera la celulosa que se debiera pedir á las herbáceas de rápido crecimiento, para surtir á la prensa univer-

sal. El consumo supera á la producción. El desequilibrio es evidente. Utiles especies comienzan á escasear y pueden desaparecer. Respetando la vida todo lo posible es como se economiza verdaderamente la producción de la Naturaleza y como se aumenta la riqueza y el bienestar de los pueblos.

Leñador que esgrimes tu hacha filosa contra el viejo tronco: reflexiona un momento; derrumbar es cosa de minutos, pero el crecimiento de los árboles, la formación de los bosques, es la obra de los años, acaso, de los siglos.



A los señores Directores de las Revistas que se han dignado favorecernos con el canje, les rogamos que no olviden á VIRYA. Hace tiempo que han dejado de visitarnos algunas de ellas, y las que recibimos, es de una manera irregular. Les enviamos á todas nuestro fraternal saludo.



Acusamos recibo de la preciosa Revista *Teosofisk Tidskrift för Skandinavien*, á la que correspondemos y le deseamos prosperidad. Decimos lo mismo respecto del N° 1° de la Revista *Estudios Orientales*, órgano de las Ramas (Logias) Teosóficas de Chile.



El exceso de material nos impide la publicación de algunos escritos que hemos recibido del exterior.

* * *

YONTÁ

Introducción

La presente narración que ofrezco á la benevolencia del público, tiene un íntimo enlace con la de Zulai: es su prólogo y complemento, el cual me fué inspirado al par que la trama y los pormenores de aquella leyenda y de idéntica manera, sobre la cual sería ocioso, por sabida, volver nuevamente.

Parece desacertado el que un prólogo no sea el heraldo, el antecedente obligado de la obra á que se refiere; pero en este caso ha debido ser así, en atención á consideraciones de orden excepcional.

La bondadosa acogida que se le otorgara á Zulai es promesa de la que debo esperar en favor de Yontá, y aliciente que me alienta á publicarla, en la inteligencia de que si en ella hubiese algún valor no me lo atribuyo, siendo, como soy, trasmisora entusiasta, tan sólo, de una corriente singular de pensamiento.

CAPITULO I

En el fondo del Océano dormía ya el Continente. Los Atalanes, habitantes de las Américas, después de espantosas conmociones entraron en una era aparente de estabilidad y bonanza; se apaciguó la terrible actividad de los volcanes, y el iracundo mar cuyas turbulentas olas barrían las tierras arrasando poblaciones, tornó tranquilo á su lecho. El superviviente de los valles viendo deslizarse los años en calma, confió en los elementos al escuchar el prolongado preludio de armonía establecido entre ellos y la naturaleza, elevó himnos á sus dioses y bajó tierra adentro para repoblar las costas, seguro ya de su existencia.

Lanzó su red á la mar y la sacó repleta. El sol siempre benéfic

le colmó de sus dones: los cereales, las raíces y los frutos, y evaporando las charcas de las aguas de mar en los playones, le ofreció para condimento grato los residuos abundantes de blanca sal, enemiga de la corrupción. Eran de ver en el verano caluroso, cómo brillaban las apretadas mazorcas al ser mecidas sus cañas por la brisa, en tanto que el confiado labriego sesteaba bajo la sombra apacible y juguetona de las acacias, los espabeles seculares, los ceibos y las ondulantes y perfumadas palmeras en flor, verjel en donde construyó luego rústica morada y formó su familia primitiva.

El recuerdo de la civilización magna de sus antepasados apenas se reflejó vagamente en la memoria del indígena americano que tuvo la intuición de imprimir á sus hábitos, leyes y culto, cierto sello que recordaba la valiosa herencia que, si no pudo ser bien interpretada, por la tribu que renacía, fué debido á la inhabilidad de ella misma, cuya actual energía en nada se comparaba con la elevada potencialidad que caracterizó á sus progenitores.

Escogió con preferencia la costa occidental del continente para asiento de sus tribus, por lo favorable del clima, lo fértil del terreno y, sobre todo, por lo tranquilo del Pacífico, mar que baña sus playas. Diseminó sus poblaciones á lo largo de ellas y empezó la reconstrucción de la perdida raza.

. . . .

Detiénese nuestra vista ante una península de las inmediaciones de la América Central que responde al nombre de Quitambó. Sus habitantes de color bronceado claro, hablan armoniosa lengua, denotan inteligencia y por las telas con que visten, los adornos que usan, se adivina en ellos un pueblo viril é industrioso. Obedecen á un Jefe que tiene poder supremo, pero además veneran á sus agoreros, temen á los genios del mal que atraen la peste, las tempestades, etc., creen en dioses benéficos, y rinden culto al sol, en cuyo honor levantan un templo en cualquier parte en donde edifican sus poblados... Son valientes y hermosos, pero tienen un celo tan grande por sus mujeres, que han inventado un terrible secreto para envenenar las flechas con que acometen á cualquier extraño que pretenda posesionarse de una de ellas.

Apartado del rancherío de Quitambó, vive un anciano agorero encargado de presagiar las dichas y desgracias del pueblo. Construyó su choza en un alto peñón y allí pasa su vida tranquilo en continua meditación y abstinencia, alegrando su soledad una niña bella y pura, Gantla en cuyos ojos se refleja la transparencia de su alma, hija legítima de la virtud de su anciano padre.

Pasan los años... y apesar del aislamiento de la hermosa india, sus gracias no permanecen ocultas, antes bien, cautivan profundamente á un pescador de Quitambó, famoso por su arrojo, nobleza é in-

dependencia, llamado Nahuakira, quien hace petición de su hija al agorero.

Con pena recibe tal nueva el anciano. No quería que su niña fuera á vivir á la costa, tierra baja donde se desencadenan tantas tempestades... y además tenía un secreto motivo para esperar en la llegada de otro esposo para ella. Cuando meditaba y guardaba abstinencia, ciertas visiones extraordinarias le dejaban asombrado, y últimamente, con realidad admirable, vió una piragua acercarse á la playa y saltar de ella un extranjero hermoso que venía á ser el leal compañero de su hija... Mucho meditó... y después de consultar la voluntad de los dioses, sancionó y bendijo el amor de los jóvenes, pero bajo la expresa condición de que jamás se alejarían del resguardado peñón.

El libre Nahuakira cayó en los lazos del cariño y entró rendido al hogar del agorero viviendo dichoso al lado de Gautla.

De cuando en cuando bajaban los tres á la playa, para luego entrar al mar á llenar sus redes, y volvían por la tarde con suficiente pescado para muchos días.

En el transcurso de los meses la península fue azotada por la peste, mas al peñón no llegó el contagio, no interrumpiendo aquella paz tradicional ningún cambio fatal.

Al cabo de un año, aconteció que una mañana Gautla no pudo bajar á la pesca; apenas se conformó con mirar alejarse desde lo alto de su choza á su padre y su esposo, para verlos descender y luego perderse de vista en la amarillenta playa...

Unas horas después el sol bondadoso, dió luz y calor á un nuevo ser:

Una niña robusta y sana, fruto de sus amores, recibió aquella noche con sus tiernos lloros la vuelta al hogar del pescador Nahuakira, y el abuelo en extraña ceremonia purificó á la madre y á la niña para que penetraran sin recelo al seno de la familia.

Nuevos afectos y alegrías llenaron de dicha el hogar donde la presencia de la pequeñita vino á colmar la ambición de sus jóvenes padres, para quienes se deslizaron tranquilas las semanas, siendo su único afán la pesca, la conquista del bienestar y el alimento cotidiano.

Una madrugada salieron el anciano agorero y su yerno dejando á Gautla y la pequeña en casa.

Iban á echar las redes. Al principio remaron en un mar tranquilo, pero conforme se alejaban de la costa la brisa del Norte soplaba más y más reciamente sobre las ondas, levantándolas en penachos aquí y allá, hasta desencadenarlas furiosas contra la piragua que crujió temblorosa.

Entretanto, sin sosiego, iba y venía la joven madre dentro de su choza, fija la mente en el mar, oyendo el lejano retumbar del trueno, y luego el estallido de la tormenta en medio de una lluvia torrencial.



quiero que esa mano que me hirió, cure mi herida.

Esta batalla de los elementos duró todo el día, y al llegar la noche aún continuaba, sin que, ni un lucero en lo alto, ni un cocuyo en el bosque, derramara su luz. Sólo acá y allá centelleaban medrosos los hachones de resino con que los atemorizados habitantes de Quitambó alumbraban el camino por donde huían abandonando las habitaciones de la playa para irse á refugiar á las de tierra adentro, al pie del peñón.

Desvelada pasó las horas Gautla, asida á su niña, creyendo oir el grito acostumbrado que dar solía su amado al regresar á casa... Pero cuando se convenció de que era sólo el gemido del viento que redoblaba su furor trocándose en recio huracán, cruel angustia embargó su alma, perdiendo ya toda esperanza. Al clarear el alba salió de su habitación y se apostó en la puerta, desde donde, con vista avara abarcó de un solo golpe el panorama.

De pronto... contempló imponente espectáculo: una ola inmensa se agrandó cual montaña magestuosa, pareciendo que su fondo lo agitara un monstruo, y el mar persiguiendo esa encrespada ola precipitó furioso su torrente contra la tierra, cubriendo la playa, invadiendo el poblado y arrancando sus chozas con la rabia de una horda de foragidos sobre su inocente presa; todo lo inundó hasta golpear frenético contra las murallas del inexpugnable peñón, salpicando con borbotones de blanca espuma la rústica morada de la atónita espectadora que, casi demente, se halló de pronto rodeada de agua.

¡Oh desolación y tristeza! ¿Dónde estaba el rancherío? ¿Dónde su amado? ¿Qué se había hecho del vasto panorama de la costa con sus ensenadas, sus playas y más arriba sus sembrados?

Aquella mañana, pocos momentos antes, el peñón se elevaba como siempre á muchos cientos de brazadas sobre el nivel del mar, y... ahora era el límite de ese turbulento y plomizo elemento que todo lo había devorado...

Pensó en su hogar, deshecho para siempre por la desaparición de su padre y de su amado y en la soledad inmensa en que quedarían ella y su hija, y un extremecimiento espantoso conmovió su ser, quedando como inmóvil por largas horas. La niña se cansó de llorar, pues ella no la escuchó; el mar comenzó á bajar con ruido ensordecedor, pero ella tampoco escuchó. Solamente cuando la brisa fresca de la tarde bajó con rapidez la temperatura, pareció volver en sí. Vió el mar que se alejaba atraído por una fuerza potente de succión que desde allá, donde antes era playa, lo absorvía velozmente hasta dejar desnudas unas ruinas cubiertas de troncos de árboles y despojos humanos... Volvió su espalda á tan siniestra escena, y tomando de su choza algo de alimento y un trozo de yaat, huyó con su hija cargada á la espalda, por detrás de su choza. Caminaba de prisa, mirando temerosa hacia atrás de vez en cuando para cerciorarse que nadie la

seguía. Se internó por una vereda que conducía en pendiente hacia la playa. Cuando se halló de nuevo frente al mar ya tranquilo, una sensación de alivio apaciguó su ánimo, y comenzó á reflexionar sobre su difícil situación. Tras breve descanso emprendió la marcha por la playa con la esperanza de llegar á un poblado vecino, famoso por la hospitalidad de sus habitantes, llamado Yuk-Bugur.

Tres días con sus noches llevaba ya la desgraciada india de caminar, cuando se sintió tan agotada y enferma que temió no poder seguir adelante. Las fuerzas le faltaban; se agachaba á beber agua de cuanto arroyo pasaba y creyendo encontrar descanso mascaba yaat, sin resultado. Llegaré?—se preguntaba.—¡Oh genios benéficos, dadme fuerza para que mi niña no perezca abandonada!

Y la avidez de encontrar auxilio para su hija la hizo arrastrar sus pies aún, hasta que su alma abatida se consoló al ver á lo lejos como puntos negros las chozas de Yuk-Bugur... Pero la suerte le fué adversa y no pudo llegar hasta allá... Cuando el sol se ocultaba aquella tarde tras un mar nacarado, tiñendo el paisaje, la india se sintió tambalear desvanecida sobre la arena, hacia la cual se dejó ir de cara, obedeciendo al maternal impulso de no lastimar á su hijita al caer de espaldas... sepultó el rostro en el húmedo suelo, y tras corta agonía, oyendo los gorjeos de su tierna hija confudidos con el alegre piar de las gaviotas, expiró.

. . . .

El poblado de Yuk-Bugur tiene ese alegre aspecto propio de todo paraje cubierto por cielo azul, regado de agua serena y adornado con el verdor de los bosques. Estero profundo bordeado de selva baña sus costas al Este; una ría pintoresca que forma el caudaloso Daylo al desembocar al mar, humedece sus chozas al Sur y Oeste; eternamente acaricia el Pacífico sus playas. Sus habitantes de índole parecida á los de Quitambó tienen sus mismos hábitos y culto.

Aquella tarde, aprovechando el buen tiempo, un grupo de pescadores salió á la playa á echar las redes. A la noche una india pobre llamada Jarib volvió á su choza rebosando alegría y con algo más que un cesto de pescado. Cuando trabajaba en la playa oyó el llanto de un niño, buscó el sitio de donde provenía y halló á la pequeñita sobre el cuerpo, ya frío, de su madre. La recogió con amorosa ternura llevándola consigo, y en sus ancianas manos, colocó el destino á la hija de la desgraciada Gautla, á quien llamó Yontá, cuidó con esmero é hizo partícipe de su humilde hogar.

CAPITULO II

¡Catorce años han pasado desde aquella tarde inmemorial!

Con instinto verdaderamente materno atendió Jarib á la abandonada chiquilla, mimándola quizás demasiado. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer una pobre desheredada de la suerte que llegó á edad madura sin halagos ni cariños? Acogió á Yontá con ternura indecible, y en ella puso toda la esperanza de su vida.

Su espalda antes doblegada por los años pareció erguirse, y el efluvio de salud y juventud que emanaba de la niña neutralizó las viejas dolencias de su cuerpo.

Desde muy temprano Yontá dió pruebas de inteligencia é independencia poco comunes, miró á Jarib con cariño llamándola abuela, y dejó oir su vocecita de mando desde la mañana hasta la noche, sin que la anciana protestara, consintiendo que creciera como las plantas selváticas, á impulsos de su propia fuerza y absorviendo la influencia del medio ambiente: mar, sol y aire. Su carácter impulsivo no reconoció otra voluntad que la de su infantil consciencia, ni otro guía que la naturaleza.

Siguiendo la costumbre de su tribu cuando la chiquilla tuvo unos 6 años le señaló su abuela el lugar junto á la lumbre para que cuidara del fuego, y se extrañó al ver que no cumplía ni ese pequeño deber, sin fijarse en que no podía Yontá ejecutar lo que jamás se le había enseñado: la obediencia. Más tarde, se creyó tan libre, que desaparecía del rancho y no volvía sinó al caer la noche, ya cargada de mariscos, ya con una nidada de huevos de tortuga, ó las más veces, con las manos vacías, pero llena su cabecita de extraordinarias ideas: aseguraba que el mar, allá en lejanas playas, la llamaba con voz dulcísima, susurrándole estas palabras, cuando ella se arrojaba sobre la arena á aspirar el aroma delicioso de las olas al desbaratarse en espuma á sus pies:—Ven Yontá, queremos abrazarte y atraerte á nuestro fondo, donde hay un tesoro para tí.—Y ella se quedaba quietecita hasta sentirse arrancada por el mar, y flotando en sus ondas con alegría apacible,

ilusionándola ese tesoro... pero dudaba muchas veces si aquella voz era solo un engaño de las olas para hacerla caer en las garras de un mónstruo marino, pues ya varias veces tuvo que salir nadando presurosa á alcanzar la orilla, huyendo de una negra aleta que sobresalía del agua!

La viejecita se estremecía oyéndole estos relatos y echaba mano á las supersticiones de su pueblo, amenazándola con mil daños que le causarían los malos genios si persistía en tan peligrosas aventuras;... pero tenía que capitular al fin resignada ante las incrédulas risas de desafío de la atrevida indiecita que á nada ni á nadie parecía tener miedo. Y no le quedaba ni el recurso de esperar apoyo del único amigo de Yontá, el tío Tauma, pues este raro personaje, entrado en años, valiente y experto, perdía toda su severidad ante nuestra salvaje tiranuela, á quien tenía gran cariño, y dejaba hacer su santa voluntad, ayudando á formarle ese carácter independiente y decidor. La chiquilla sufría cuando éste su amigo se alejaba de Yuk Bugur, (cosa que hacía amenudo, sin que nadie supiera á donde iba) pues ella no se mezclaba con las demás gentes, permaneciendo muy aislada. Desde que tuvo edad suficiente la enseñó á remar, llevándola á traer agua fresca río arriba, ocupación exclusiva de Tauma desde época inmemorial. Para Yontá ésta tarea tenía un atractivo y encanto tal que siempre se esmeró en cumplir, llegando á serle muy útil al anciano.

¡Cuántas veces antes de salir el sol, si el río estaba de vaciante, emprendían viaje Yontá y Tauma en ligera canoa, remando con fuerza contra corriente; y cuando se internaban muchas millas arriba hacían virar su barca tomando por los sombríos canales de agua fresca hasta dar con el nacimiento de la fuente! Allí saltaban á tierra, colocaban una caña rasgada en el brote del agua, y sacando del fondo de la embarcación las tinajas, las acercaban á llenarse una á una, escuchando abstraídos ese ruído melodioso que va en escalas siendo más y más agudo hasta perderse la cadencia en el desborde del líquido por el gollete de la vasija de barro. Cubrían luego el precioso contenido y se sentaban á la sombra de los árboles á tomar su sencillo alimento. Si la niña había sido diligente, Tauma le narraba alguna leyenda y así pasaban ligeras las horas hasta que consultado el sol y la marea, regresaban al poblado con agua fresquita y corazón contento.

Transcurrieron así los años... Yontá, de chiquilla se transformó en hermosa mujer sin que su existencia en nada hubiese cambiado.

Vagaba solitaria por playas, montes y ríos, sin ningún compañero, como la mayor parte de las indias del rancherío que, orgullosas de sus conquistas, se dejaban cortejar de los mozos apuestos que luego las tomaban por esposas; por eso Jarib vivía contenta al verla sin pesares, cuidados ni amoríos. Pero así como al delicado capullo le es preciso el rayo del sol para esparcir su aroma, una sencilla ob-

servación de la naturaleza hizo brotar en Yontá, vigoroso, el tierno sentimiento del amor.

Era la época de la cosecha, y según las costumbres de aquel pueblo, todos se prestaban auxilio para recolectar el grano, repasando alegremente los campos en constante labor. Llegó su turno á la milpa de Jarib y á ella se dirigió una mañana Yontá con un grupo de compañeras para dar comienzo al trabajo. Pero muy pronto se fastidió de someterse por largo rato á disciplina alguna, tiró su rústico cesto, lleno de mazorcas, y sin preocuparse del deber que dejaba de cumplir, escapó entre el dorado maíz que crujía á su paso, siguiendo decidida hasta llegar al límite del sembrado, que colindaba con el bosque, en donde descansó bajo su fresca sombra.

Meditando estaba sobre nuevo plan de excursión, cuando llamó su atención una nube de tórtolas que revoloteaban atraídas por el apetitoso grano, y acertaron á llegar muy cerca de su escondite: las contempló encantada, y pronto los nerviosos movimientos de las avecillas, su lindo plumaje y suave gorjeo, despertaron en la entusiasta Yontá el vehemente deseo de posesionarse de unas cuantas, para lo cual puso en práctica con presteza, las lecciones que le diera Tauma, sobre principios rudimentarios de construcción. Fabricó con habilidad una rústica trampa, la colocó luego, y aguardó impaciente que se cerrara, dando un seco golpe. Emocionada atrapó una á una, tres moradas y lindas tortolillas y las fué metiendo en su seno, oculto apenas por una corta camisa de burda tela. Volvió con ellas al campo loca de alegría donde horas atrás dejara á sus compañeras, y sin pensar en regaños, ni quejas, sólo ilusionada por su triunfo, y de allí enseguida, pasó al rancho en busca de albergue para sus aves; cuando la abuela quiso reñirla, ella le enseñó sus prisioneras, bien aseguradas ya, haciéndole notar que dos de ellas, juntas y alegres, parecían no extrañar el cambio, mientras la otra metida en su escondrijo, gorjeaba triste un doloroso canto. La aflicción de esta abandonada avecilla se comunicó aquella noche á la locuela de Yontá, que se acostó preocupada, pareciendo escuchar en sueños acentos apesarados de la solitaria prisionera; á tal extremo, que se levantó más de madrugada que otros días con la intención de darle libertad, para que fuera en busca de su compañero, que de seguro lo tendría, pues siempre volaban en parejas. Cuando fué á cumplir este noble impulso de caridad, un hondo pesar, el primero talvez de su vida, atribuló su alma... Entumida yacía la infeliz tortolilla en un oscuro rincón, mientras la otra pareja llena de vida se acariciaba dichosa!

Con el ave muerta en su seno queriéndole dar calor con su vida, halló el sol aquella mañana á Yontá, arrasada en lágrimas. Jamás había imaginado lo dulce de una caricia, ni el sufrimiento de la ausencia ó la soledad, así fué que esta dura prueba despertó los senti-

mientos de afección y cariño que dormían aún en su joven ser. Dió libertad á las tórtolas, que huyeron dichosas, pero dejando un vacío en su alma de niña. Suspiró por desconocido compañero, y desde ese momento le esperó con ansia, deseando su presencia antes que el frío de la noche marchitara su vida.

Al poco tiempo de esta sencilla observación que hizo tornar á Yontá en mujer soñadora, los habitantes de Yuk-Bugur se agitaban oficiosos, pensando en trocar su red por el arma guerrera. Leales á sus ritos, no permitían á extraños pisar su suelo, y creíanse amenazados por la presencia de una piragua de exótica estructura que apareció una mañana en el horizonte hacia el Norte, haciéndoles temer un atrevido enemigo.

Tauma organizó el improvisado ejército y mandó á mujeres y niños á lejanos rancheríos. Todos los indios acudieron al llamamiento y se alistaron: parecían una legión de agigantadas formas, este puñado de hombres de alta estatura, armados de escudos de piel de danta con raras hachas al cinto y arcos y flechas en mano, apostados en la playa, esperando que la embarcación enemiga estuviese al alcance de sus armas. Y como nota simpática, confundida entre este imponente conjunto, y al lado de Tauma, Yontá, en garbosa postura, satisfecha y orgullosa, engrosaba la lista de guerreros. Atraída por la novedad y temeraria en sus resoluciones, consiguió permiso de su viejo amigo de no huír con las de su sexo, sino quedarse, entrar en pelea, la que ansiaba con vehemencia, y portarse bien.

Con viento favorable venía la piragua, deslizándose silenciosa: A pesar de su gran tamaño y proximidad, aún no estaban á la vista sus tripulantes, haciendo suponer ésta una medida estratégica para atacar á útima hora y desde sus escondites.

Trabajo le costaba á Tauma detener el ímpetu de sus subordinados, y, por fin y antes de tiempo, con motivo de un prematuro disparo de flecha de un impaciente mozalbete, dió la voz de ataque, y una lluvia de saetas salpicó el agua unas brasadas delante de la embarcación, cuyo ruido no igualado á ningún otro, atrajo la atención de dos tripulantes desarmados que se levantaron de pronto, haciendo virar uno la piragua, mientras el otro sacó con rapidez una blanca tela en forma de gallardete ó bandera, y con actividad lo hizo flamear en señal significativa de paz. Los de tierra, extrañados, comprendieron que no tenían ante ellos enemigo alguno y Tauma, experto en peripecias guerreras, se hizo cargo de la situación, dando orden con voz atronadora de no disparar más... pero su mandato llegó tarde para la inquieta Yontá, la cual contrariada de no haber podido atacar al enemigo, desobedeció la orden, midió bien la distancia y dejó ir su dardo que acertó á herir el brazo izquierdo del hombre de la bandera de paz, quien se retorció de dolor, El furor de Tauma fué tal que, sin saber á

quien reconvenir, imprecó duramente al grupo. Yontá, toda confusa, dió un paso adelante y se declaró única responsable del acto.

—¿Fuiste tú?—le gritó alarmado.

—Pues serás igualmente castigada. Ahora—dirigiéndose al grupo. Listos; y á ayudar el desembarque: no son nuestros enemigos.

Todos tiraron al suelo sus armas en señal de paz, y viendo la barca muy cercana, la ayudaron á que arribase. De ella bajaron á la playa sus únicos tripulantes, que eran dos hombres hermosos, de airosa figura, delgados, de color más claro que los indígenas, pero siempre morenos, de ojos muy negros, dientes muy blancos, semblante franco. El más joven, que parecía el Jefe, se adelantó y saludó respetuoso; dijo llamarse Lispo, señaló al compañero como su hermano, aseguró que no eran guerreros, sino pacíficos pescadores que buscaban la hospitalidad de un pueblo dócil que les diera puerto seguro para su piragua; y ellos en cambio les enseñaron mucho de lo que aún no sabían los hermosos habitantes de un paraje tan privilegiado! Su figura atrayente encantó al grupo, su palabra suave los sugestionó y al ver que su brazo izquierdo manaba sangre producida por la herida de la flecha de Yontá, un murmullo desaprobatorio para la india y compasivo hacia él, se levantó de los guerreros que contestaron al saludo y excusaron la herida prometiendo para el desobediente insurrecto un grave castigo. Le admiraron aún más cuando confundiéndose entre ellos les manifestó que no quería castigo para el fogoso compañero, sino conocerlo para asegurarle que no guardaba rencor. Cuando un rato después Tauma hizo traer á la fuerza una hermosa india que se resistía, en cuyos ojos centellaba la rabia y cuyo semblante descompuesto denotaba contrariedad, Lispo la miró compasivo, fijó en ella su penetrante mirada y le dijo:

—Arisca y valiente torcaz, yo no te guardo rencor; eres fácil de domar y serás mi hermana, pero quiero que esa mano que me hirió, cure mi herida ¿cómo te llamas?

—Yontá—respondió tímidamente.

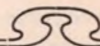
- No tardes, Yontá, que se acerca la noche.

¡Qué mirada de agradecimiento lanzó la india á su extraordinario interlocutor!

¡Parecía el mudo lenguaje del animal domesticado cuando el amo satisface su hambre atrasada! Zumbaron sus oídos, nublóse su vista, y se creyó en un sueño imposible de realizar. ¿Era verdad tanta abnegación? O, sería la frase engañosa, parecida á la de las olas cuando la llamaban dulcemente á su fondo, para luego vengarse queriéndola atraer al monstruo de negra aleta, para que la devorara. Pasó un instante de silencio en que ella miró de nuevo á Lispo para entonces no dudar; pues sus ojos estaban húmedos, su semblante era sincero; no había que temer. No le respondió una palabra; no le dió, ni las

gracias; se desprendió impetuosa del grupo, le volvió la espalda y entró presurosa tierra adentro, caminando hacia el bosque. Un solo pensamiento ocupaba su mente: curarlo; un solo propósito la guiaba: hallar la hierba milagrosa que sanaba las heridas para traérsela al hermoso Lispo, y encontró la deseada panacea en un verde campo, á orillas de un arroyo, casi oculta por tupidos arbustos de aromáticas flores. Se volvió por el mismo sendero, trayendo su tesoro; pero encontró desierta la playa, y las sombras del crepúsculo nublando el panorama.

(*Se continuará*)



Esta Revista se distribuirá gratis entre nuestros partidarios y amigos

La Sociedad Teosófica no será responsable de las opiniones que emitan en esta Revista sus redactores

